

EL PACIFISTA

Arthur C. Clarke

Entré en el White Hart algo tarde aquella noche, y todo el mundo estaba ya agrupado en el rincón bajo la diana de los dardos, es decir, todos excepto Drew: no había desertado de su puesto y estaba sentado tras el mostrador, leyendo las obras completas de T. S. Eliot. Abandonó The Confidential Clerk lo bastante como para darme una cerveza y explicarme lo que pasaba.

-Eric ha traído una máquina de juegos.... hasta ahora ha derrotado a todo el mundo, y Sam está probando suerte.

En aquel momento una carcajada general anunció que Sam no había tenido más suerte que los demás, y me abrí paso entre la multitud para ver lo que pasaba.

Sobre la mesa había una caja metálica plana del tamaño de un tablero de ajedrez, dividida en cuadrados de una forma similar a éste. En el ángulo de cada cuadrado había un conmutador de dos posiciones y una pequeña luz de neón; el artefacto estaba conectado (dejando, por consiguiente, a oscuras la diana de los dardos), y Eric Rodgers estaba buscando una nueva víctima.

-¿Qué es lo que hace esa cosa? -le pregunté.

-Es una modificación del juego de las cruces y los círculos. Shannon me lo mostró cuando estaba en los Laboratorios Bell. Lo que tiene que hacer uno es completar el camino de un lado del tablero al otro, digamos por ejemplo de norte a sur, conectando esos conmutadores.' Imagínate que esa cosa forma una trama de calles, si quieres, y que esos neones son las luces de tráfico. Tú y la, máquina os alternáis en los movimientos. La máquina intenta bloquear tu camino construyendo uno propio en la dirección este-oeste: los pequeños neones se encienden para decirte en qué dirección desea moverse. Ninguno de los caminos tiene por qué ser una línea recta: puedes zigzaguear tanto como quieras; lo que importa es que sea continuo, y el que primero llega al otro lado es el que gana.

-Y será la máquina, supongo.

-Bueno, hasta ahora jamás ha sido derrotada.

-¿No puede uno lograr unas tablas, bloqueando el camino de la máquina para, al menos, no perder?

-Eso es lo que estamos intentando. ¿Quieres probar?

Dos minutos más tarde había entrado a formar parte de las filas de los concursantes derrotados. La máquina había sorteado todas mis barreras y establecido su propio camino de este a oeste. No estaba convencido de que fuera invencible, pero evidentemente el juego era mucho más complicado de lo que parecía.

Cuando me hube retirado, Eric miró alrededor, al auditorio. Nadie parecía tener muchas ganas de presentarse voluntario.

-¡Ja! -dijo-. El hombre famoso. ¿Y tú, Purvis? Aún no lo has intentado.

Harry Purvis estaba de pie detrás de la multitud, con una mirada al mundo militar. Las armas: cohetes, bombas atómicas y demás, son sólo una parte de ella, aunque es todo lo que conoce el público. En mi opinión, es mucho más fascinante el aspecto de la investigación operacional. Podría decirse que se relaciona con el cerebro más que con la fuerza bruta. En cierta ocasión oí que la definían como la forma de ganar guerras sin luchar en ellas, y no es una mala descripción.

»Bueno, todos conocéis los grandes ordenadores electrónicos que proliferaron como hongos en los años cincuenta. La mayor parte de ellos habían sido construidos para ocuparse de problemas matemáticos pero, si pensáis detenidamente en ello, os daréis cuenta de que la misma guerra es un problema matemático. Es un problema tan complicado que los cerebros humanos no pueden abarcarlo, pues hay demasiadas variables. Hasta los grandes estrategas no pueden ver la totalidad del tema: los Hitlers y Napoleones siempre acaban cometiendo un error.

»Pero una máquina.... eso sería otro asunto. Un cierto número de gente brillante se dio cuenta de eso al acabar la guerra. Las técnicas que habían sido elaboradas para la construcción de ENIAC y los otros grandes ordenadores podían revolucionar la estrategia.

»De ahí surgió el Proyecto Clausewitz. No me preguntéis cómo es que sé de él, ni me pidáis demasiados detalles. Lo que importa es que muchos millones de dólares en equipo electrónico y algunos de los mejores cerebros y científicos de los Estados Unidos fueron a parar a cierta caverna de las colinas de Kentucky, Siguen ahí, pero las cosas no han resultado como se esperaba.

»No sé que clase de experiencias tendréis respecto a los oficiales de alta graduación, pero hay un tipo que todos conoceréis, aunque sea sólo por las novelas. Se trata del militar de carrera pomposo, conservador, cuartelero, que ha llegado a la cima por pura presión de los que están debajo, que lo hace todo según las ordenanzas y las reglas, y que considera a los civiles como, en el

mejor de los casos, unos neutrales poco amistosos. Os diré un secreto: este tipo de militar existe en la realidad. Hoy en día ya no es tan común, pero aún existe, y a veces no es posible hallar un destino seguro para él. Pero cuando eso ocurre, vale su peso en plutonio para El Otro Bando.

»Según parece, el general Smith era así. Naturalmente, éste no es su verdadero nombre. Su padre era senador, y aunque mucha gente del Pentágono había tratado con todas sus fuerzas conseguirlo, la influencia del viejo había impedido que se pusiera al general al mando de algo inocuo como, digamos, la defensa costera de Wyoming. En lugar de esto, por alguna mala jugarreta de la fortuna, fue nombrado responsable del Proyecto Clausewitz.

»Naturalmente, sólo le concernía el aspecto administrativo, no el científico, del trabajo. Todo hubiera ido bien si el general se hubiera sentido satisfecho con dejar que los científicos llevaran a cabo su trabajo mientras él se concentraba en lograr que la tropa saludase correctamente, en estudiar el coeficiente de reflexión de los suelos de los barracones y asuntos similares de gran trascendencia militar. Desgraciadamente, no fue así.

»El general había tenido una vida tranquila. Había sido, si se me permite citar a Wilde (y todo el mundo lo hace), un hombre de paz, excepto en su vida doméstica. Nunca había visto antes a científicos, y cuando lo hizo su shock fue considerable. Así que quizá no sea correcto echarle las culpas de lo que sucedió.

»Pasó bastante tiempo antes de que se diera cuenta de los objetivos y la finalidad del Proyecto Clausewitz y, cuando lo logró, se sintió bastante preocupado. Quizá esto le hiciera sentirse aún menos amistoso hacia el equipo científico pues, a pesar de todo lo que he dicho, el general no era absolutamente estúpido. Era lo bastante inteligente como para comprender que, si el proyecto tenía éxito, habría más ex-generales en el mercado de lo que todos los consejos de dirección combinados de la industria norteamericana podrían absorber sin problemas.

»Pero dejemos al general un instante y veamos a los científicos. Había unos cincuenta, así como un par de cientos de técnicos. Todos habían sido seleccionados cuidadosamente por el FBI, así que probablemente no había más de uno o dos que fueran miembros activos del partido comunista. Aunque luego hubo muchas acusaciones de sabotaje, por esta vez los camaradas fueron totalmente inocentes de lo que sucedió. Además, no se trató ciertamente de un sabotaje en el concepto estricto de esta palabra...

»El hombre que había diseñado en realidad el ordenador era un silencioso y pequeño genio matemático que había sido arrancado de una universidad y llevado a las colinas de Kentucky y al mundo de la Seguridad y las Prioridades, antes de que pudiera darse cuenta realmente de lo que sucedía. No se llamaba

doctor Milquetoast (Apocado), pero es así como deberían haberle bautizado, y como nosotros le denominaremos.

»Para completar nuestro cuadro de protagonistas, será mejor que diga algo acerca de Karl. En ese momento al que me refiero, Karl estaba aún a medio construir. Como todos los grandes ordenadores, consistía en su mayor parte en grandes bancadas de unidades de memoria que podían recibir y archivar información hasta que ésta era necesitada. La parte creativa del cerebro de Karl, los analizadores e integradores, tomaban esta información y la elaboraban para producir respuestas a las preguntas que le eran formuladas. Dados todos los datos relevantes, Karl daba las respuestas correctas. Naturalmente, el problema era lograr que Karl tuviera todos los datos; no se podía esperar que obtuviera resultados correctos con una información inexacta o insuficiente.

»Fue responsabilidad del doctor Milquetoast diseñar el cerebro de Karl. Sí, sé que ésta es una forma burdamente antropomórfica de enfocar el problema, pero uno no puede negar que esos grandes ordenadores tienen personalidad propia. Es difícil explicarlo más detalladamente sin entrar en tecnicismos, así que simplemente diré que el pequeño Milquetoast tuvo que crear los circuitos, tremendamente complejos, que le permitieran a Karl pensar en la forma en que se suponía que debía hacerlo.

»Así que tenemos a nuestros tres protagonistas: el General Smith, suspirando por los tiempos de Custer; el doctor Milquetoast, perdido en los fascinantes laberintos científicos de su trabajo, y Karl, cincuenta toneladas de equipo electrónico, no animadas todavía por las corrientes que pronto le atravesarían.

»Pronto... pero no lo bastante para el General Smith. No nos mostremos muy duros con el general: probablemente alguien lo había presionado cuando se hizo evidente que el proyecto no cumplía los plazos previstos. Así que llamó al Dr. Milquetoast a su oficina.

»La entrevista duró más de treinta minutos, y el doctor dijo menos de treinta palabras. El general se pasó la mayor parte del tiempo haciendo comentarios sarcásticos acerca de las cifras de producción, fechas y atascos. Parecía tener la creencia de que el construir a Karl no era un proceso más complicado que el montaje en cadena de un automóvil último modelo: simplemente era una cuestión de ir ensamblando las piezas. El doctor Milquetoast no era la clase de hombre que se dedicaba a aclarar los conceptos erróneos de los demás, incluso aunque el general le hubiera dado la oportunidad. Salió de la oficina sintiéndose víctima de una considerable injusticia.

»Una semana más tarde resultaba evidente que la construcción de Karl aún se estaba retrasando mucho más. Milquetoast lo estaba haciendo lo mejor que podía, y no había nadie que pudiera hacerlo mejor. Tenían que resolverse problemas de una complejidad tal que estaban totalmente fuera de la posible

comprensión del general. Y fueron resueltos; pero esto llevó tiempo, y no había tiempo que malgastar.

»En su primera entrevista, el general había tratado de ser tan amable como le era posible, y sólo había logrado mostrarse rudo. Esta vez trató de ser rudo, y dejaré que vosotros mismos imaginéis el resultado. Prácticamente insinuó que Milquetoast y sus colegas, no cumpliendo con los plazos, estaban haciéndose culpables de un delito de antiamericanismo.

»Desde este momento en adelante comenzaron a pasar dos cosas: las relaciones entre el ejército y los científicos se fueron deteriorando cada vez más y, por primera vez, el doctor Milquetoast comenzó a pensar seriamente en las más amplias implicaciones de su trabajo. Siempre: había estado demasiado atareado, demasiado ocupado por los problemas inmediatos de su trabajo, como para considerar sus responsabilidades sociales. Aún seguía demasiado ocupado en aquel momento, pero esto no le impedía que se detuviera a reflexionar: "Aquí estoy -se decía a sí mismo-, uno de los mejores matemáticos puros, del mundo..., y, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué ha sucedido con mi tesis sobre las ecuaciones diofantinas? ¿Cuándo voy a ocuparme de nuevo del teorema de los números primos? En resumen, ¿cuándo voy a volver a hacer un trabajo serio?"

»Podía haber dimitido, pero no se le ocurrió. En cualquier caso, por debajo de aquel aspecto tímido y ensimismado, había un rasgo de tozudez. El doctor Milquetoast siguió trabajando, aún más enérgicamente que antes. La construcción de Karl prosiguió lentamente, pero con seguridad: soldaron las conexiones finales en su cerebro de una miríada de células, y los millones de circuitos fueron probados y comprobados por los mecánicos.

»Y un circuito, indistinguiblemente entrelazado con la multitud de sus compañeros, que llevaba a un grupo de células de memoria aparentemente idénticas a todas las, demás, fue comprobado por el doctor Milquetoast en persona, pues nadie más sabía que existiese.

»Llegó el gran día. Por intrincadas rutas, personas muy importantes fueron llegando a Kentucky. Toda una constelación de generales de muchas estrellas llegó del Pentágono. Hasta la Marina había sido invitada.

»Orgullosamente, el general Smith llevó a los visitantes de caverna en caverna, de bancadas de memoria al redes selectoras, pasando por analizadores de matrices y tableros de input..., y finalmente a las hileras de máquinas de impresoras donde Karl imprimirla los resultados de sus deliberaciones. El general sabía muy bien los vericuetos: al menos, dijo casi todos los nombres bien. Hasta logró dar la impresión, a aquellos que no conocían la realidad, de que él era el verdadero responsable de Karl.

»-Ahora -dijo alegremente el general-, le daremos un poco de trabajo. ¿Alguien quiere ponerle algunas sumas.

»Ante la palabra "sumas" los matemáticos se estremecieron, pero el -general no se dio cuenta de su paso en falso. Los altos mandos reunidos pensaron un rato. Luego, uno de ellos dijo arriesgadamente:

»-¿Cuánto es nueve multiplicado veinte veces por si mismo?

»Uno, de los técnicos, con un audible resoplido, apretó algunas teclas. Hubo un tableteo en una de las impresoras y, antes de que nadie pudiera parpadear dos veces, apareció la respuesta... los veinte dígitos de la misma.

(Comprobé el resultado más tarde. Para quien quiera saberlo, la respuesta es: 12.157.665.459.056.928.801. Pero volvamos a Harry y a su historia)

»Durante los siguientes quince minutos Karl fue bombardeado con trivialidades similares. Los visitantes se mostraban impresionados, aunque no había ninguna razón para suponer que hubieran podido descubrir un error en las respuestas, de haber existido.

»El general emitió una tosecilla. La aritmética más simple era lo más lejos a lo que podía llegar, y Karl apenas si había comenzado a calentarse.

»-Ahora pasaré el mando --dijo- al capitán Winkler.

»El capitán Winkler era un ensimismado y joven graduado de Harvard del que el general desconfiaba, sospechando, correctamente, que tenía más de científico que de militar. Pero era el único oficial que comprendía realmente lo que se suponía que debía hacer Karl y que podía ,explicar exactamente cómo lo hacía. El general pensó, irritado, cuando el capitán comenzó a dar su explicación a los visitantes, que tenía el aspecto de un maldito maestro de primaria.

»El problema táctico que formuló era complicado, pero la respuesta ya era conocida por todo el mundo, excepto por Karl. Era una batalla que había sido combatida y ganada hacía casi un siglo, y cuando el capitán Winkler concluyó su introducción, un general de Boston le susurró a su ayuda de campo:

»-Apuesto cualquier cosa a que algún maldito sudista ha amañado las cosas para que Lee gane esta vez. -No obstante, todo el mundo tenía que admitir que el problema era una forma excelente de comprobar las capacidades de Karl.

»Las cintas de datos desaparecieron en las enormes unidades de memoria: centellearon luces a lo largo de las consolas. Por todas partes sucedían cosas misteriosas.

»-Este problema -dijo orgullosamente el capitán Winkler- tardará cinco minutos en ser evaluado.

»Como en deliberada contradicción, una de las impresoras comenzó rápidamente a tabletear. Una tira de papel salió de la misma, y el capitán Winkler, con un aspecto bastante sorprendido ante la inesperada rapidez de Karl, leyó el mensaje. inmediatamente le colgó la mandíbula inferior, y se quedó contemplando el papel como si le resultase imposible creer lo que veían sus ojos.

»-¿Qué ocurre, capitán? -ladró el general.

»El capitán Winkler tragó saliva, pero pareció haber perdido la capacidad del habla. Con un mugido de impaciencia, el general le arrancó el papel. Entonces fue su turno de quedarse paralizado; pero, a diferencia de su subordinado, se puso además de un hermoso color rojo. Durante un instante pareció como algún pececillo tropical asfixiándose al ser sacado del agua; luego, no sin algunos forcejeos, el enigmático mensaje fue capturado por el general de cinco estrellas cuya graduación era superior a la de todos los presentes.

»Su reacción fue totalmente distinta. Rápidamente se partió de risa.

»Los oficiales de grado inferior se quedaron en un estado de injurioso suspense durante diez minutos. Pero, finalmente, las noticias se filtraron a lo largo del escalafón desde coroneles a capitanes y a tenientes, hasta que al fin no hubo un simple soldado de segunda en la base que no conociera la maravillosa noticia:

»Karl le había dicho al general Smith que era un pomposo babuino. Eso era todo.

»Aunque todo el mundo estaba de acuerdo con Karl, el asunto no podía ser dejado así. Obviamente, algo había ido mal. Algo, o alguien, había apartado la atención de Karl de la Batalla de Gettysburg.

»-¿Dónde -rugió el general Smith, recuperando al fin la voz- está el doctor Milquetoast?

»Ya no estaba presente. Se había retirado sigilosamente de la habitación, tras haber gozado del gran momento. Naturalmente, más tarde llegaría su hora, pero bien valía la pena.

»Los frenéticos técnicos purgaron los circuitos y comenzaron a hacer pruebas. Alimentaron a Karl con una elaborada serie de multiplicaciones y divisiones que realizar: el equivalente, para una computadora, de los tests de lectura que se hacen a los niños. Todo parecía estar funcionando perfectamente. Así que le

pusieron un problema táctico muy simple, que un subteniente podría resolver dormido.

»-Tírese al mar, general -fue la respuesta de Karl.

»Fue entonces cuando el general Smith se dio cuenta de que se estaba enfrentando con algo fuera de lo previsto en los Procedimientos Estándar de Operación. Se veía nada menos que frente a un claro caso de insubordinación cibernética.

»Llevó varias horas de pruebas el descubrir exactamente lo que había sucedido. En algún recóndito rincón de la tremenda capacidad de memoria de Karl había una excelente colección de insultos, amorosamente reunida por el doctor Milquetoast. La había grabado en cinta, o bien incluido en las memorias de ferrita, y contenía todo aquello que le hubiera gustado decir él mismo al general. Pero no era eso todo lo que había hecho: aquello hubiera sido demasiado fácil, indigno de su genio. Había instalado también lo que sólo podía ser denominado como un circuito censor: le había dado a Karl el poder de discriminación. Karl examinaba, antes de resolverlo, cada problema que le era alimentado; si se refería a matemáticas puras, lo resolvía correctamente; pero si se trataba de un problema militar... allá iban los insultos. Al cabo de veinte minutos aún no se había repetido ni una sola vez, y las auxiliares femeninas habían tenido que ser enviadas fuera de la habitación.

»Hay que confesar que, al cabo de un tiempo, los técnicos estaban casi tan interesados en descubrir cuál sería la siguiente indignidad que lanzaría Karl contra el general Smith como en hallar el fallo en los circuitos. Había comenzado con simples insultos y sorprendentes referencias genealógicas, pero había pasado rápidamente a detalladas instrucciones que, incluso las más suaves, hubieran ocasionado un grave perjuicio a la dignidad del general, mientras que las más imaginativas hubieran puesto en peligro su integridad física. El hecho de que todos aquellos mensajes, a medida que iban emergiendo de las máquinas de escribir, fueran siendo clasificados inmediatamente como ALTO SECRETO, no le proporcionaba ningún consuelo a su destinatario. Sabía, con hosca certidumbre, que aquél iba a ser el secreto peor guardado de toda la guerra fría, y que ya iba siendo hora de que comenzase a buscarse un trabajo civil.

»Y así, caballeros -concluyó Purvis-, está la situación. Los ingenieros siguen tratando de desentrañar la maraña de circuitos que instaló el doctor Milquetoast y, sin duda alguna, lo lograrán algún día. Pero, mientras tanto, Karl sigue siendo un pacifista a ultranza. Se siente perfectamente a sus anchas jugando con la teoría de los números: calculando tablas de exponentes y ocupándose de problemas aritméticos. ¿Recuerdan el famoso brindis: "Brindo por las matemáticas puras... y porque jamás sean de utilidad práctica para nadie"? Karl hubiera brindado por eso muy a gusto...

»Tan pronto como alguien trata de colarle alguna pelota, se declara en huelga. Y, dado que tiene una memoria tan maravillosa, no hay forma de engañarle. Tiene casi todas las grandes batallas del mundo almacenadas en sus circuitos, y puede reconocer de inmediato cualquier variación de las mismas. Aunque se han llevado a cabo intentos de proponerle ejercicios tácticos camuflados como problemas matemáticos, descubre de inmediato el subterfugio y responde con algún otro comentario amable para el general.

»En cuanto al doctor Milquetoast, nadie pudo hacer nada contra él, porque rápidamente tuvo un colapso nervioso. Estuvo sospechosamente calculado al minuto, pero ciertamente tenía motivos para haberlo sufrido. Lo último que oí de él es que estaba enseñando álgebra de matrices en un seminario teológico en Denver. Jura que ha olvidado todo lo que sucedió mientras trabajaba con Karl. Y quizá diga la verdad...

Hubo un repentino grito procedente de la parte trasera de la sala.

-¡He ganado! -gritó Charles Willis-. ¡Venid a ver!

Todos nos amontonamos bajo la diana de los dardos. Parecía ser cierto. Charlie había establecido un sendero en zigzag, pero continuo, desde un lado del tablero al opuesto, a pesar de los obstáculos que la máquina había intentado colocar en su camino.

-Dinos como lo has hecho -dijo Eric Rodgers.

Charlie pareció molesto.

-Lo he olvidado -dijo-. No he tomado nota de todos los movimientos.

Una voz sarcástica sonó en la parte trasera del grupo.

-Pero yo sí -dijo John Christopher-. Has hecho trampa: has hecho dos jugadas seguidas.

Después de esto, lamento tener que admitir que se produjo un cierto desorden, y Drew tuvo que amenazar con la violencia para lograr restaurar la paz. No sé quién ganó finalmente en la discusión, pero no creo que importe mucho. Pues estoy de acuerdo con lo que Purvis comentó mientras tomaba el aparato y examinaba sus circuitos.

-Mirad -dijo-, este aparato es únicamente un primo estúpido de Karl... y ya podéis ver lo que ha hecho. Estas máquinas están comenzando a dejarnos como unos tontos. No pasará mucho antes de que comiencen a desobedecernos sin que haya necesidad de que un Milquetoast trasteo en sus

circuitos. Y entonces comenzará a darnos órdenes: después de todo, son lógicas.

Lanzó un suspiro.

-Cuando esto suceda, no podremos hacer nada al respecto. Simplemente, tendremos que decirles a los dinosaurios: haced un poco de sitio, aquí llega el Homo sapiens. Y el transistor heredará la Tierra.

No hubo ya más tiempo para filosofías pesimistas, pues se abrió la puerta y el agente de policía Wilkins metió la cabeza por el hueco.

-¿Quién es el propietario del coche matrícula 1 CGC5 7 1 ? -preguntó-. Oh, es usted, señor Purvis. Tiene la luz de posición apagada.

Harry me miró amargamente y luego se alzó resignado de los hombros.

-¿Ves? -me dijo-. Ya han empezado.

Y salió a la noche.